

Retrato de varias damas

aquí, publican aquí y tienen, por ahora, a su público aquí (pues los casos de los connacionales Isabel Allende y Luis Sepúlveda están más relacionados con el turismo y la ecología que con la literatura).

Y aunque Gonzalo Contreras sólo llevara publicada **La ciudad anterior**, su contribución a la renovación de la novelística chilena es indesmentible. Con **El nadador** alcanza un nivel de madurez y seguridad que nos permite hablar de un autor en plena creación literaria.

Desaparición

Max Borda, un físico experto en la teoría de los cuantales que bordea los cincuenta años, hace clases en la universidad, suele ir a nadar a una piscina cercana a su casa y vive en un casi vacío edificio nuevo de departamentos junto a Alejandra, su semidemente mujer aún joven y hermosa, quien en parte sobrevive gracias al litio y las pastillas para dormir. En uno de los pisos de la enorme construcción reside Bibi, enigmática y atractiva mujer cuya única compañía es un gato loco de amor por la perra Ursula, propiedad del matrimonio Borda. El aporreado físico es bastante abúlico, pero ello no le impide trabar una complicada amistad con Bibi, derivando en manifiesta intimidad bajo la complicidad del gato y Ursula.

Muy luego surge el recuerdo de Elisa, antigua amante de Max residente en España, interviene brevemente en escena Ester, la extravagante y despiadada madre del nadador, se tienen noticias de la rebelde y emancipada hija Cristina, participa en tono menor la desventurada y temperamental María Luisa, madre de Alejandra pero, en definitiva, toma la delantera la formidable Virginia, cuñada de Max y hermana menor de Alejandra.

El nadador, entonces, se va construyendo alrededor de las figuras centrales de Max y Virginia y de otro grupo de personajes que confluyen en sus vidas o se desprenden de ellas, componiendo una tupida red de acontecimientos, recuerdos y situaciones que el autor dirige con el virtuosismo que ya se le conoce, pero que ahora traduce una estoica simpatía en su presentación de la condición humana.

El nudo de la historia se plantea muy pronto cuando Alejandra desaparece inexplicablemente de su casa y los

*La construcción literaria y estilística de **El nadador** es admirable, pero también extremadamente artificiosa. Este último aspecto, que se percibía en **La ciudad anterior**, tiene un desarrollo sin precedentes en la narrativa chilena y eso, entre otros factores, hace de Gonzalo Contreras un escritor tan personal.*

culpables protagonistas no saben a qué atenerse. Podría haberse suicidado, podría estarlos observando, podría estarse vengando, podría esperar algo... cualquier cosa podría ser posible. Max y Virginia quedan librados a su trágica soledad, el primero como víctima de una herida narcisista que sólo puede sanarse por el amor incondicional de una mujer y ella reducida a su ilimitada capacidad afectiva que no encuentra destinatario. Se trata de

un problema modularmente romántico y **El nadador** es una de las narraciones más intensamente románticas que se han escrito aquí, más incluso que **La ciudad anterior**. Y lo que subraya ese carácter es la presencia de tantas mujeres notables o decisivas, hasta el punto en que llegan a desaparecer de la memoria del lector un par de varones más bien deslavados —el farsante Salman o Javier, hermano sacerdote de Max—. En un escritor tan masculino como éste, que trata a las figuras femeninas con cierta brusquedad, lo anterior no deja de ser un dato curioso e interesante. En términos ampliamente literarios, Gonzalo Contreras elabora un drama psicológico cuidadosamente motivado, arraigado en una imaginación melancólica y lírica que infunde en todos los personajes un halo trémulo y fantasmagórico.

Henry James en Santiago

Más que en la premiada primera novela de este autor, donde había ciertas asociacio-

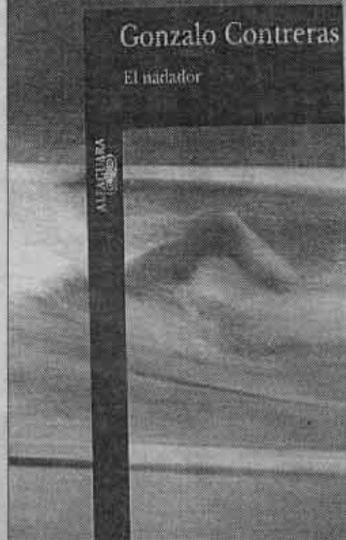
nes que evocaban pasajeramente a Henry James, en **El nadador**, la marca del gran maestro angloamericano es evidente. El novelista no lo disimula en el epígrafe, en uno de los libros mencionados a la pasada o, lo que es más importante, en el tratamiento de los personajes y la trama. Las reacciones, reflexiones, evoluciones y hasta contorsiones en el pensamiento, ora divagatorio, ora concreto de los actores son los ecos de una acción que pareciera existir para originar solamente una incesante actividad mental. Y esa prodigiosa y por momentos refinada vida intelectual y emotiva, que se expresa en largos y generalmente muy logrados pasajes, desemboca en diálogos siempre inteligentes, siempre muy cuidados y estilizados, a veces hasta brillantes (como la conversación entre Max y el psiquiatra de Alejandra o el primer encuentro verbal entre Bibi y el físico) y algunas pocas veces algo artificiales y forzados.

Así como **Retrato de una dama** o **Los embajadores** de James transcurren en ciudades del espíritu que casualmente se llaman Londres, París o Roma, **El nadador** se confirma con detalles mínimos, muy actuales pero a la vez muy remotos, de nuestra capital. Las Torres de Tajamar, un departamento en la

calle Monjitas, un hotelucho en el centro o un edificio deshabitado en medio de un centenar de construcciones semejantes son el escenario mínimo, cosmopolita, impersonal y por momentos profundamente irreal de un drama de la afectividad y el intelecto.

La construcción literaria y estilística de **El nadador**, ya se habrá notado con lo dicho, es admirable, pero también extremadamente artificiosa. Este último aspecto, que se percibía en **La ciudad anterior**, tiene un desarrollo sin precedentes en la narrativa chilena y eso, entre otros factores, hace de este novelista un escritor tan personal y, al mismo tiempo, dotado paradójicamente de tanta garra y amenidad. Indudablemente, es posible formular algunos reparos a ciertos rellenos o ciertas languideces en esta ambiciosa novela, más el producto final alcanza una rica complejidad.

Hasta la fecha, la capacidad de Gonzalo Contreras para crear ficciones no tiene equivalente por la belleza del equilibrado lenguaje y la imaginación que lo preside.



El narrador. Gonzalo Contreras. Editorial Alfaguara. Santiago 1995. 314 páginas.

CAMILO MARKS

Si **La ciudad anterior** reveló al autor chileno dotado de la prosa más singular y depurada aparecida en los últimos tiempos, **El nadador**, segunda novela de Gonzalo Contreras, confirma a esa prosa como un fenómeno literario permanente.

Y esta novela confirma también que las historias de Gonzalo Contreras, tan personales, únicas y fraguadas por una mente que obedece a sus propias leyes sin ceder a caprichos comerciales o convenciones de la moda, se bastan a sí mismas, configurando un universo propio, exigente y apasionante, que sumerge al lector de un modo tan envolvente que desafía su capacidad crítica y emotiva.

El nadador, junto a otras narraciones recientes de autores nacionales, refleja quizás de modo sintomático la culminación de un conjunto de hechos inéditos en la cultura de este país que darían pie para escribir un libro, por lo que sólo expresaremos un par de observaciones en torno a ellos. Mientras la llamada clase política se debate en discusiones victorianas, un grupo de escritores produce obras de nivel superior a la mayoría de lo que hoy se publica en idioma castellano; en los últimos años han visto la luz algunas obras prosísticas cuyos autores afortunadamente parecen haberlas escrito ignorando la mediocridad y aburrimiento en que está sumido su país.

Este es uno de los pocos signos positivos de la época actual. Si pensamos en la narrativa joven argentina, no hay nada que supere como conjunto a lo que hoy se produce en Chile. Lo mismo vale para los autores mexicanos y también los españoles, aun cuando estos últimos atiborran con sus nombres las listas de editoriales peninsulares. Tan importante como todo ello es que los escritores y escritoras chilenos escriben